

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

El día de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.

II.

Debilidades humanas.

(Continuacion.)

— Hace treinta y seis años que vivia en Barcelona una dama de la primera nobleza, radiante de juventud y de hermosura. Contaba veinte primaveras, y hacia cuátro que habia dado su mano ante el altar á don Lope de Anglesola. Esta dama es la que firma los dos billetes que habeis leído, es doña Dulcia de Anglesola.

Criada entre el fausto de la corte, adorada por su bondad, admirada por su belleza, corrían para ella apacibles los días. El amor de su esposo, que aunque algo rudo y mas bueno para matar moros que para requiebrar damas se esmeraba en darle gusto, parece que debia hacerla para siempre feliz.

Un hijo, tierno fruto de aquel amor, que le habia don Lope á los dos años de matrimonio, habia perecido pocos meses despues.

En la época que he citado, don Lope habia salido acompañando al conde á la guerra. Se habia despedido de su jóven esposa besándola en la frente, contento de verla feliz y seguro de que su honra estaba guardada.

La misma primavera que habia salido don

Lope yo me hallaba en Barcelona ocupado en el estudio, porque mi familia me habia dedicado desde la niñez á la Iglesia. Poseido sin embargo de un corazon demasiado vehemente, poco seguro del dominio que podia tener sobre mis pasiones, me habia retraido hasta entonces de tomar órdenes sagradas, y dando frívolas excusas á mi madre, que era una buena cristiana, iba pasando los años.

En aquel tiempo ofendí mucho á Dios. Si el temor á los que me vijilaban y la vocacion de que todos me creian poseido me impedían presentarme al mundo galante y seductor, buscaba en el retiro combustible para alimentar el fuego que en mi pecho sentia, y muchas noches la luna fué testigo de mis extravíos.

Conocia de vista á doña Dulcia por haberla visto algunas veces subir á su litera al salir de la iglesia. Su excesiva belleza habia despertado en mí deseos ardientes. Supe que la ausencia de su esposo separaba todo estorbo que pudiera levantarse entre aquella muger y mi pasion, y aunque era tenida doña Dulcia por tan recatada como hermosa, precipitéme por la senda á que mi pasion me guiaba. Resolví acercarme á ella á costa de cualquier sacrificio.

Todas las tardes iba doña Dulcia á una misma iglesia. Un día me fuí á ella y le aguardé junto á una coluna del templo, con el objeto de revelarle mi amor con mis miradas;

pero ella estaba tan abstraída en el rezo, olvidada de cuanto la rodeaba, que ni una sola vez dirigió los ojos adonde me habia colocado. Dos horas estuvo doña Dulcia en la iglesia. Yo habia permanecido tres arrodillado al pié de la coluna fingiendo que estaba orando. Aquel dia volví á mi casa contrariado y con doble predisposicion para amar á aquella dama.

Volví á la iglesia al siguiente dia, y otro y otro; pero mi paciencia no obtuvo mejor resultado. En los cuatro dias no habia podido llamar su atencion un solo instante. Habia fingido toser ruidosamente; habia cambiado de lugar; nada: ni una sola vez habia posado sobre mi sus ojos; no la habia podido arrojar una mirada.

Al quinto dia doña Dulcia estaba leyendo con el mismo fervor que siempre un rico libro de devocion copiado en caracteres de colores, y en cuya cubierta se veian preciosos incrustados de oro. Hacia un rato que la estaba observando cuando mi impaciencia no tuvo límites. Me levanté y fuí á pasar delante de ella, pero tan cerca, que la rocé con mi traje y le hice caer el libro.

Lo levanté y se lo entregué en seguida. Pero al mismo tiempo le cojí con disimulo la mano y se la apreté fuertemente.

Aquella muger de severas costumbres se sintió ultrajada por mi accion atrevida. Fijóme entonces su mirada; pero mirada de indignacion, de imperio y de desprecio.

Aquella mirada no me espantó y á ella le opuse otra en que le manifesté la agitacion de mi alma; la sostuve buen rato, y ella, al ver mi audacia, retiró la suya y continuó la lectura.

En vano me paré no muy distante de ella tanto como permaneció allí; mi indiscrecion solo me valió ser observado por algunos fieles que rezaban en las capillas, y sobre todo por sus dueñas que esperaban dos pasos mas atrás; doña Dulcia no me miró ni cuando al salir pasó frente á mí. Subió á su litera y la fuí siguiendo hasta su casa; cuando bajó se encontró frente á frente con mis ojos que la flechaban. Aquella fué la segunda mirada que conseguí.

Desde aquel dia largas horas pasé arrodillado en la iglesia y rondando su casa. Si la sorprendia asomada en su mirador se reti-

raba al instante; si la encontraba en la calle pasaba fijos los ojos en el suelo. Su firmeza hizo crecer mi atrevimiento, y últimamente, airado de tanto desvío, buscaba ocasiones de comprometerla en público y de sonrojarla. Habia además trasladado mi habitacion á una casita situada trás de la suya; y allí, desde el ajunez de mi ventana, que era elevada y descubria sus jardines, la aburría con mi fastidiosa presencia y me desquitaba, enojándola, de lo que me hacia sufrir.

Hacia dos meses que duraba este juego de amor y desprecio.

Una tarde que fuí á ocupar mi puesto á la iglesia como de costumbre, doña Dulcia tardó mas de lo que solia. Trás largo rato entró y con gran estrañeza mia vino á arrodillarse á mi lado.

—Si sois caballero no me ultrajéis. me dijo al oido; por Dios os lo ruego; ved que la honra de una dama pronto se enturbia en la boca de los maldicientes.

Tras estas palabras se levantó, inclinóse para saludar la capilla ante la cual se habia detenido y fué á ocupar su puesto acostumbrado.

Al otro dia fuí yo el que aguardé á que ella ocupara su sitio. Arrodilléme á su lado como para saludar la capilla ante la que el dia anterior ella se habia detenido y la dije:

—Sois tan altiva como bella; pero tened entendido que no acostumbro cejar en mis propósitos. Tengo que hablaros. Si me dispensais este honor podreis lograr que el vulgo no murmure.

Al salir de la iglesia fuí á colocarme á la ventana de mi aposento. Doña Dulcia salió á su jardin. Miróme como enojada, señaló el postigo que daba salida á la calle donde yo vivia, y luego cortando rosas de un rosal fué tirándolas al suelo con marcada intencion, y conté hasta doce.

A la media noche estaba aguardando junto al postigo. Oí un ruido ligero que hizo subir la sangre á mi cerebro; conocí por instinto las pisadas de aquella muger que tan fuertemente hacia latir mi corazon. El postigo se abrió y encontré, severa mas que nunca, á la altiva doña Dulcia de Anglesola.

No me detendré á referiros paso á paso aquella fatal entrevista. Solo os diré que yo le

ponderé mi amor con el fuego que lo sentia y con el espresivo lenguaje que á los veinte y cinco años se sabe pintar. Le hice ver que no podia prescindir de hablarla de vez en cuando y que solo á este precio dejaria de importunarla siguiéndola por todas partes. Le juré además ser comedido y saber respetar su honra. Ella me rechazó airada, heroica, y me juró que nunca amaria á otro hombre que no fuera su esposo; pero viéndome dispuesto, si me veia privado de hablarla, á atormentarla de continuo hasta hacer sospechar á la corte de su virtud, hasta indisponerla con su esposo, y aceptando mi juramento de reprimir mi pasion, consintió, movida por la necesidad, á recibirme una vez la semana, á aquella hora para que no le sospechare su servidumbre, porque segun las severas costumbres de aquella muger pasar por deshonrada era lo mismo que serlo. Yo le escatimé el número de visitas que debia permitirme: por fin concertamos que cada semana la veria dos veces.

Durante el primer tiempo que la visité guardé cumplidamente mi juramento; pero no me cansaba de decirle amores, tanto, que hubieran bastado mis palabras para acabar con la virtud de la mujer mas fuerte. Despues insté, rogué, me desesperé, y aunque se mantuvo siempre fria á mi amor, movida de compasion por mi tormento, que era profundo, y segura quizas de mi proceder futuro en vista del pasado, pude lograr que nuestras nocturnas entrevistas fueran mas frecuentes.

(Se continuará.)

Juan Bautista Ferrer.

Als Estels.

SONETO.

Estels que aparexeu quand mort lo dia,
Misteriosos fanals del Dèu del cel,
Ab la llum que teniu trenqueu lo vel
Que cubreix món destino y la sort mia.

Doneu á món trist cor llum de alegria;
Per sempre desterreu són amarch fel;
Que jamay la desdita mes cruel
Sembrar pugua de llágrimas ma via.

Mes ¡ay! qu' es molt semblant nostre destino:
Vosaltres rodeu sempre per mirar
Lo Sol que resplandeix rich y divino;
Y jo may la ventura qu' imagino;
Per mes que rodia ¡trista! puch trobar,
Puig es vá com vosaltres quant camino.

Isabel de Villamartin.

Una Boda.

Blanca, es hija única de un banquero de Paris. Con solo este título bien escusado tenia el ocuparse en buscar marido, con cuanta mas razon que es jóven y muy agraciada. Sin embargo, desde mas de dos años habia elejido uno, sin consultar á nadie, mientras su padre hallaba que eran poco para ella todos los yernos que se le presentaban.

Entre los dependientes de la casa habia notado á uno que, á las ventajas naturales de una figura interesante, reunia un entendimiento muy despejado. Sencillo y elegante en sus maneras, hacia sospechar que habia nacido en otra clase; pero en honor de la verdad diremos que no descendia de elevada alcurnia, y que no contaba con mas recursos que los de su sueldo.

Blanca, veia á menudo á Fernando, que el banquero admitia en casa por sus buenas dotes, y cuanto mas le estudiaba, tanto mas le queria, disfrazando para su corazon el amor con los nombres de estima y simpatia.

Por su parte Fernando se esforzaba en disimular la pasion que se iba acrecentando en su pecho; pero el amor no se puede ocultar, sobre todo cuando es correspondido, por manera que sin haberse dicho nada estaban persuadidos mutuamente del cariño que se profesaban, hasta que un dia no pudiendo contener el secreto le dejaron escapar jurando trabajar de consuno para vencer las trabas que se oponian á su matrimonio.

El mayor de los obstáculos, el que mas resaltaba era la desigualdad de fortuna. Blanca resolvió hacerle desaparecer, para lo cual dijo á su amado: veis este collar de perlas, pues tiene diez y ocho que significan otros tantos años que tengo, porque mis padres añadian una segun entraba en la vida; vale, segun creo, unos diez mil francos. He oido decir tan á menudo que se hacen grandes é inesperadas fortunas en la Bolsa, que os le doy para que lo vendais y con su producto jugueis tambien. No tengais miedo y sed atrevido si veis que la for-

tuna se os muestra propicia. Si ganais, como lo deseo, pedireis mi mano y no penderá de mi el que no se os conceda.

Fernando aceptó con algun recelo; pero al fin jugó, y tuvo tanta suerte, que ahora ha ganado 60,000 duros y se casa con Blanca.

CANDILAZOS.

¡Huy que asco!!!

Dirán que el mundo es bonito
y otras mil cosas dirán;
mas lo niego voto á san,
y á las pruebas me remito:
Si no por flauta, por pito,
por Perez ora por Blasco,
yo encuentro, hasta lo infinito,
mucho en él que me dá ASCO.

Perdices en escabeche,
menudillo en salpicon,
lonjas de dulce jamon,
magras de ternera en *meche*, (1)
petisús, *gasas* de leche (2)
y pepinillos en frasco,
como el hambre no me estreche,
son viandas que me dan ASCO.

¿Niña bella que á las modas
no haya miedo que me atrape.
¿Vieja y fea? «digo: zape»
tampoco tu me acomodas;
detrás del sol de las bodas
suele venir el *chubasco*,
y, para no errar, á todas
las miro siempre con ASCO. (3)

Pollo que con osadía
y erudicion infernal
pone el Túrria en Portugal
y el Ebro en Andalucía;
de políglo-to-manía
atacado, que habla el *vasco*
y la . . . tin, su algarabía
revuelve mis tripas de ASCO.

(1) O mechada. ¡Fuerza del consonante! etc.

(2) Nombres técnico-vulgares con que en Madrid se conocen ciertas confecciones *pastelarias*.

(3) Perdon hermosas; no lo diré mas.

Censor, crítico en corteza,
que, sin saber lo que lee,
tiene, para todo «pié»
y para nada cabeza,
ó que en cambio de esa *pieza*
ostenta de bomba un casco,
¡infeliz! por su flaqueza,
me inspira un solemne ASCO.

El dramaturgo novel
que forja *acaso* una historia
y á *guisa* de pepitoria
me la *guisa* en el papel;
que á Horacio obedece infiel
y que se estrella en un *fiasco*,
tengo lástima *por* él;
mas sus dramas me dan ASCO.

Quien, no lo habiendo á demérito
del castellano language,
t, por *el* final; encaje,
monopolice el *pretérito*
ó, sin hacer de ello mérito,
en *nazco* pronuncie *nasco*
y llama el perito *périto*,
et cætera, me infunde ASCO.

Catalan que hable andaluz,
si, en su facha y su ademan,
revela que es catalan
desde la fecha á la cruz;
aragonés de testuz
mas *sólido* que un peñasco,
son entes que, á toda luz,
trás de risa, me dan ASCO.

Escriba que en proto-enredos
de *fariseo* se viste
y honras y bolsas embiste,
sin temor á mil. . . . Quevedos;
que muerde mas con sus dedos
que *femenino farasco*,
(la frase importa dos bledos)
me sumerge en un mar de ASCO.

Programa de mandarin
y de sastre el prometer,
verdades no pueden ser,
aunque lo mande *Merlin*.
Utrilla y ministro, al fin
pegan á cualquier un. . . . *chasco*
van siempre en pos del *botin*,
y por eso me dan ASCO.

Si, en política monserga,
dicen que *sinceridad*,
principios, moralidad,
Judas en su pecho alberga,
esquivo tan necia gerga
yo la mollera me rasco,
convirtiendo el *ergo* en *erga*.
y haciendo mil gestos de ASCO.

Cuando en lances de amor propio
me contradice la suerte
ò bien trago, en dósis fuerte,
de humana injusticia el ópio,
y rabia, amargura acopio,
y callo y el freno tasco
considerándome *inopio*.
¿será mucho tener ASCO?

Si á bursátil barahunda,
algún *cándido*, me intima
enseñándome la *prima*;
mas guardando la *segunda*,
y de números me inunda,
viendo en el *dos* el añasco
córtole su treta inmunda,
rechazándolo con ASCO.

¡Que en el siglo del carbon. (1)
Vea España ¡oh desventura
que otras calles de amargura
sus vías públicas son,
dó el íbero bonachon,
allá vuelco, aquí me atasco,
lleve su vida en cuestion.!!
esto ¿á quien no induce al ASCO?

Que en la mercantil baraja.
el alza haya de *triunfar*,
cuando el *fallo*, á no dudar,
es que el trigo está de baja.
y que el pobre que trabaja
diga sempre: «caro masco
el pan que *atenta* á mi caja.!!
esto dá asco y mas ASCO.

¡Que consiga hoy gefe ser
el que ayer era un p....orterero,
y el talento verdadero
se quede siempre en *ayer*.!!
Aunque es viejo proceder,
voto á san Pedro Nelasco,

(1) De piedra; Oh! los tropos.

que tal modo de ascender
me subleva, me dá ASCO.

¡Que en continuo devaneo
Juan se trata á lo marqués,
si todos saben quien es
de su fasto, el *cirineo*,
y mas gaste en un bureo
que el califa de Damasco,
mientras que.....!! Pero *laus Deo*,
y á mi estribillo del ASCO.

En suma, si á alguno *peta*
mal, de mi musa el compás,
sin mirar que soy no mas
un aspirante á poeta,
diré en frase breve y neta
al señor *Sanson Carrasco*,
que su péñola indiscreta
me causa tres veces ASCO.

Jaime Peiró.

ALELUYAS DEL POLLO.

El pollo antes de nacer—suele darse á conocer.
—No bien *daca la patita*—llorando se desgañita.—
Cuando le hacen cristiano—dice que nó, con la ma-
no.—Mas le dan el nene, al fin—el nombre de Se-
rafin—A media noche,... ¡já, já!—despierta á papá y
mamá.—Y cuando se está callado—anda en algun
mal fregado.—Como una sardina crece—y á su fa-
milia enchochece.—Al cabo de tiempo mucho—di-
ce, *mamá, nene y chucho*.—Su abuelita esclama, un
dia:—¿donde está la gloria mia?—Y... (cosas de pe-
queñuelos)—él la tira de los pelos.—Monerías mil
haciendo—pasan los años corriendo.—En cuanto
cumplen los tres—pinitos hacer le ves.—Cumple
los cuatro, y de un brinco—se pasa luego á las cin-
co.—Desde los cinco á los quince—dicen todos que
es un lince.—A Barcelona se vá—y busca una no-
via allá.—Su papá, que es algo tieso,—le quiere
romper un hueso.—Pero él ya sabe gimnástica—y
bota cual goma elástica.—En la culta Barcelona—la
vá echando de persona.—Y compra para estos fines
—doce pares de espelines.—Lee en frances.... ¡ay
de mí!—*Amáuri* por *Amorí*.—Dice de una costu-
rera—que la ha perdido un hortera.—Y el horte-
ra, valenton,—le dá un golpe en un alon.—Por es-
te y otros reveses—está en la cama diez meses.—Y
de resultas, se queda—como una hebra de seda.—
Sabe el padre lo que pasa—y le hace volver á ca-
sa.—Escoltado, cual los viles—por tres ó cuatro ci-

viles. — No bien Serafin regresa— así su papá se espresa:— ¡Vástago desventurado,— te veo en muy mal estado!— Buscas del vicio el emporio!— ¡eres un don Juan Tenorio!— Pero luego se sonrie— y le celebra y se engrie.— En tan tierna situacion— suelta el pollo un lagrimon.— Y vuelve á los pocos dias— á renovar fechorías.— Se hace, por su vecina,— guardacanton de una esquina.— Y por otra que no lo es— muñeco de tirolés.— Tiene cadena de acero— y el reloj, el relojero.— A menudo monta un jaco— que es semi-mono-maniaco.— Y un día... á todo correr— le zambulle allá en el Ter.— Bebe rom en el café— para que rollizo esté— Y merced á este licor— se acuesta muy decidior.— Con el mozo al billar juega— y dice que se la pega.— Pero el mozo con sus *billas*,— le deja hasta sin cerillas.— Por tener años se afana— y el tiempo le dá una cana.— Y como ya el pollo es viejo— yo sus aléluyas dejo.

—•••••
¡No existe!

DEDICADA Á DOÑA MANUELA FORNIES Y VALERO.

Cédeme inspiracion! oh Musa mia
 Ayuda con tus luces á mi canto,
 Mi mente descansada en ellas fia,
 Y por ellas mi númen osa á tanto:

Feliz inspira mi ya débil memoria,
 Y el eco de mi lira lejos llegue,
 Cantando de un amor la triste historia
 Por mas que de pesar un mar me anegue.

Mar silencioso dó en tranquila calma,
 Las horas paso allí, cabe su orilla,
 Y helado el corazon, helada el alma,
 Mi amor contemplo, hincada la rodilla.

Mi amor! nombre sagrado, que venero
 Con ciega idolatría.... pero ¡ay triste!
 En vano un dia y dos, y ciento espero
 Y ya no volverá porque ¡no existe!

¡No existe! verdad fatal, amarga,
 Que agota de mi pecho el sufrimiento;
 ¡Y aun la vida se alarga y mas se alarga,
 Despreciando sin duda mi tormento!

Brillaba cual estrella en lontananza
 De mi ardiente pasion, ardiente fuego,
 Y aunque llena de vida mi esperanza,
 Frias cenizas convirtióse luego.

Rotos los lazos, ¡agradables lazos!
 Que mi alma unian á otra mas hermosa,
 Me queda un corazon hecho pedazos,
 Sumido en postracion muy espantosa....

¿Dó está aquel tiempo de infantil ventura,
 Dando esplendor al esplendor del dia?
 ¿Dó está la imágen seductora y pura,
 Que de un ángel imágen parecia?

¡No existe! dice el eco de un gemido,
 Desgarrador, cruel, que en mi alma zumba

.....
 Ya no ambiciono amor, solo el olvido
 Y no lo alcanzaré, mas que en la tumba.

Fatal mi estrella es, fatal mi suerte,
 Cifrada en mansion tan solitaria,
 A Dios le pido sin cesar la muerte,
 Y á Dios no mueve mi postrer plegaria.

Plegaria criminal, ofensa al Cielo,
 Dirá el mundo, juzgándola, severo,
 Mas yo que en ella cifro mi consuelo,
 Con vehemente deseo aun mas la espero.

Perdido, pues mi amor, ¿qué me es la vida?
 Perdida mi ilusion ¿qué me es el mundo?
 Cadena detestable, aborrecida,
 Dó no encuentro de calma ni un segundo.

Mauricio E. Berned.

—•••••
LA MUJER.

Opinion de un casado.

Culebra racional con miriñaque,
 cuyo silvo fatal al hombre hiere;
 execra á quien la ama
 y al que la escupe se le humilla y quiere.
 Con raras escepciones se alimentan
 de los chismes y fábulas que inventan.
 Su pasion son los nervios y caprichos,
 y en llegando á ser suegras
 no se puede aguantar á tales vichos.

—
Opinion de un viudo.

Para propias son malas, para agenas
 todas son agradables, todas buenas.
 Una gran cualidad las acredita,
 y es que muerta una vez no resucita.

—•••••
VARIEDADES.

Estravagancias inglesas. Los ingleses todo lo anuncian, y sus reclamos, mas que anuncios parecen bufonadas andaluzas. Vaya una muestra.

«Un jóven de grandes esperanzas y que profesa los

principios Evangélicos, desea encontrar para casarse, una señorita dotada de un físico agradable y de una fortuna conveniente. Por su parte, el joven ofrece una estatura de cinco pies y seis pulgadas, y si no está equivocado, no se elevan á menor altura sus otras circunstancias y cualidades.»

Hijo mio, escribia hace pocos dias un honrado campesino á un hijo suyo, estudiante en medicina: El objeto de la presente es para prevenirte que estoy muy descontento de la mala conducta que he sabido llevas en Barcelona. Si los trancazos pudiesen escribirse, ya hubieras recibido de mí algunas docenas. En cuanto á tu madre, la buena muger te mimaba siempre. Incluso hallarás una letra de 40 reales que te envia sin que yo lo sepa.

Habiendo oido decir la reina de Inglaterra que Kean, el gran Kean, no se desconcertaba jamás en escena, y que no abdicaba nunca la magestad del personaje que representaba, se propuso desconcertarlo. Una noche en Drury-Lane, representando el célebre trágico el Ricardo III, de Shakspeare, dejó caer S. M. desde el palco real su pañuelo á la escena.

Kean referia en este momento á su confidente sus tristes aventuras.—Vió el precioso tejido que cayó á sus pies, y la mano augusta que lo habia dejado caer intencionalmente.

—Sir Douglas, dijo sin cambiar la inflexion de su voz; antes de cumplir vuestro importante mensaje, recoged ese pañuelo, y llevadlo de nuestra parte á nuestra real hermana!....

El confidente, subyugado por el gesto sublime de Kean, obedeció, y el actor eminente volvió á continuar su papel en medio del atronador ruido de una salva de aplausos.

Mientras el sacristan hacia una colecta para la iglesia, decia el cura desde el púlpito «*dad, dad hijos míos, que Dios da veinte por uno.*»

Seducido por la oferta un hijo de un industrial, echó media peseta en el cepillo. Al dia siguiente entró un sacerdote en el taller de su padre é hizo varias compras y acariciando al niño le dijo:

«*Eres un buen muchacho; ya te vi ayer en la iglesia, toma para dulces, y le dió un duro.*» Y el muchacho exclamó:

«*¡Qué lástima no haber echado una peseta!*»

¡Cómo me fastidio! decia bostezando un marido á su mujer.

Esta se ofendió en su amor propio.

—Cómo nos fastidiamos, caballero, exclamó; creo que esto es lo que habrá V. querido decir.

—Sin duda, sin duda, replicó nuestro hombre; puesto que tú y yo no somos mas que uno.

Alejandro el Magno venció á Porro, rey de las Indias, tomándole el elefante que montaba, el cual se batió con tanta bizarría que le puso el nombre de *Ajax*. Le dedicó al sol despues de haberle hecho poner la inscripcion siguiente: «Alejandro, hijo de Júpiter, regala *Ajax* al sol.» Vivió todavia trescientos cincuenta años y es sin dudá la clase de animales que mayor vida tiene á no ser cierto lo que cuentan de la ballena que vive, segun Cuvier, una decena de siglos.

Á PEPITA.

con motivo de su matrimonio con N...

No por mi, bella Pepita,
aunque sé bien cuanto pierdo,
por tí solo me lastima
que te cases con un necio.

Tanta belleza y donaire,
Tanta hermosura, no á un feo
deben darse; otro los goce
y alcancen mas digno dueño.

Que si es la desdicha estrella
de la beldad, aunque el cielo
no te hiciera tan hermosa,
ganarás mucho en no serlo.

¿Qué valen los negros rizos,
ni los alegres ojuelos,
ni el carmesí de los labios,
ni lo nevado del pecho?

¿Qué el apacible agasajo
y ese hablar tan halagüeño
que la libertad cautiva
y embelesa el pensamiento,
si de tan célicos dones
ha de ser dueño un fileno?
Para tan mal emplearlos
valiera mas no tenerlos.

Que mejor yace el diamante
perdido en su tosco seno,
que no en la mano villana
que no alcanza su alto precio.

Y el clavel mas bien parece
pendiente al vástago tierno,
que por el crudo granizo
inútilmente deshecho.

Y mas bien el jilguerillo
canta con dulces gorjeos
volando de rama en rama
que en dorada jaula preso.

Ay! Pepita, por tu vida
no tengas tan mal empleo;
lástima ten de ti misma,
si yo no te la merezco.

Crónica teatral.

Dos noches consecutivas ha sido puesto en escena en nuestro teatro el magnífico drama en 4 actos del Sr. Gil y Zárate, titulado *Guzman el Bueno*.

Acerca de su mérito, cuyo juicio ha sido hábilmente emitido por escritores ilustrados, nada podemos decir, sin peligro de decir poco. Obras del género de la que nos ocupa no abundan por desgracia. *Guzman* es una tragedia corregida, de situaciones apasionadas y de un carácter tan heroico que no puede menos de conmover á la personas amantes de lo sublime. El Sr. Lugar nos gustó muchísimo en sus transiciones de tono, notándole á lo último el cansancio natural, despues de lo mucho que habia trabajado en el desempeño de su difícil papel de protagonista. El Sr. Balestroni dejó muy bien puesto su pabellon, en el desempeño de su papel de hijo de Guzman; pues es de los que le hemos visto desempeñar con mas acierto y maestría. El Sr. Ortega caracterizó muy bien el papel de D. Nuño dándole el colorido correspondiente. La señorita Samaniego estuvo bien en el corto papel de Doña Sol.

Nada diremos de la primera dama, pues habiendo sido su *debut* no seriamos justos al juzgarla por una sola funcion; empero diremos solo que no desagradó al público.

El todo de la funcion bien. En ambas noches fueron llamados al palco escénico y saludados con aplausos todos los que tomaron parte en el desempeño de esta produccion, que podremos decir cerró el campo de la literatura exactamente dramática. Deseariamos que el aventajado director Sr. Lugar no dejase de darnos de vez en cuando producciones de este género, para no olvidar del todo nuestras glorias literarias.

El martes se puso en escena la lindísima comedia del Sr. Cazorro titulada *Los dos Doctores*, la que fué bien interpretada por los Sres. Lugar, Balestroni y Sarmiento. La primera actriz hizo alarde de la perfeccion con que posee el idioma castellano.

La aconsejamos sin embargo, corrija algunos defectos *clásicos*, pues de lo contrario nos pondrá en el imprescindible caso de recomendarla la adquisicion de una gramática castellana, asi como evitar diferentes trasposiciones que omitimos por no recordarlas, y en gracia de nuestra *cortedad de genio*.

Un enemigo oculto y *No hay humo sin fuego*, fueron las producciones puestas en escena el miércoles. Habiéndonos ocupado ya la primera vez de su ejecucion, lo suprimimos la segunda.

El jueves último, dias de S. M. la Reina, púsose en escena la grandiosa produccion de D. Florentino Sanz, titulada *Achaques de la vejez*. Cuanto pudiéramos decir en elogio de esta producción seria poco; el argumento altamente moral, interesa vivamente; en toda ella domina un pensamiento sublime. La ejecucion fué tan esmerada como pudiera desear el mismo autor. El Sr. Lugar estuvo inimitable, distinguiéndose en el final del último acto en que hizo asomar mas de una lágrima á la mayor parte de los espectadores. El Sr. Balestroni desempeñó perfectamente su papel de Carlos, y en el último acto cuando su corazon empieza á conocer los deberes para con un padre estuvo feliz, pues la lucha entre el cariño paternal y el honor fué en pocas palabras hábilmente interpretada.

El Sr. Ortega, muy bien en su papel de Conde de Monreal; aunque en algunas escenas hubiera resaltado mas si hubiese sido secundado. Respecto á la señorita Samaniego, no notamos en esta noche la distraccion que en otras.

El Sr. Sarmiento que tuvo á su cargo el papel de Simon, hizo alarde en su desempeño de lo mucho que conoce el teatro, y lo bien que caracteriza los papeles que toma á su cargo.

La primera dama se lucirá con el tiempo. El público salió muy satisfecho. Fieles intérpretes de sus sentimientos en general, creemos que si nos han de repetir alguna otra produccion, prefiere *Los achaques de la vejez* á cualquiera otra, pues dramas de este género son por desgracia muy poco comunes.

Felipe Zappino.

Por todo lo no firmado, F. Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.